

neral traducen los autores á *Quetzalcóhuatl*, precioso mellizo. Bastaba para darle el nombre de *Quétzal*, que simboliza la virginidad, su continencia tan celebrada, que los sacerdotes de Cholula, en su septuagésima, se exhortaban á ella, diciendo: que era vergüenza no poderse abstener de sus mugeres en tan poco tiempo, cuando su señor *Quetzalcóhuatl* nunca tuvo ninguna. La virginidad era tan preciada de los mejicanos, que moría sin falta por haber violado la suya alguna de sus innumerables monjas, y el encontrar sin ella á la desposada, disolvía el matrimonio.

El autor de la *historia del verdadero Quetzalcóhuatl* dice: que como entre los católicos la aureola que se pinta á los santos es la señal de serlo, el *Quétzal* ó plumero era indicio ó geroglífico de lo mismo entre los mejicanos: y que por eso *Huitzlopóchtli* tenía en la mano derecha una cruz formada con cinco globos de pluma: así como el pintar rayos alrededor de la cara y zarcillos en las orejas, era geroglífico de divinidad, que solo ponían á la imagen de Dios, y que si el sumo sacerdote llevaba zarcillos, era por ser ministro suyo. La explicacion es ingeniosa; y aunque me acuerdo que cuando la lei deseaba mayores comprobantes que los que apuntaba el autor, pudo tomarse este simbolo de que la mitra de los obispos era formada de plumas de *quetzalli*. Dice Torquemada que conservaban en Cholula ciertas esmeraldas como reliquias de *Quetzalcóhuatl*, y una de ellas tenía primorosamente entallada una cabeza de mano. Esta es geroglífico de que debía volver de países extraños.

Veytia no vió á dicho autor, y dando la traduccion de *Quetzalcóhuatl*, por precioso mellizo, añade que el haberle apropiado el sobrenombre de *Quétzal*, alude á alguna cosa especial, y que algo significa estar colgada del pico de una ave la célebre cruz de Santo Tomás, hallada en Meliapor.

Acerca de esta ave, varios autores portugueses escriben que es una paloma; pero los demas, que es un pavo. Este, segun ellos, es el geroglífico de *Meliapor*, que eso significa, y dicen que tenía su obispo guardadas con gran veneracion y aprecio, unas láminas de metal, en que estaba escrita la donacion que hizo el rey Singamo á Santo Tomás de unas tierras para iglesia; y por el reverso, en señal de aceptacion por parte del santo, figurado un pavo, por ser el geroglífico de Meliapor. Esto apuntó tambien Fr. Gregorio García. Ahora digo yo, que nuestro Santo Tomás se titularia de Meliapor, como todos los obispos del Oriente, del lugar de sus sillas, y así firmaban en los concilios, Cirilo de Alejandría, Juan de Constantinopla, &c., y los indios traducirian Meliapor por su significado de pavo, escribiendo y sustituyendo, no el comun, sino su precioso *quetzalli*, de cuyas plumas usaria la mitra, como en efecto se la pintaban tambien á su imagen, y el cual pájaro, aunque los naturalistas lo pongan ahora en el género *Psittacus* ó de papagallo, allá no pasa sino por ser el pavo real de la América del Norte.

El lector escoja de estas interpretaciones, mientras que yo paso por fin á responder cómo pudieron pasar los mejicanos del cristianismo á los sacrificios y una idolatría tan absurda. Y respondo, lo primero, que todo está ponderado en extremo. Lo segundo, que así como la grosera idolatría de los egipcios, y de allí de los griegos y los romanos, provino de la ruda ó equivocada interpretacion de su antigua escritura geroglífica, así pudo provenir en los indios de la mala interpretacion de la suya, en la cual tenían escritas las divinas Escrituras, y de la siniestra interpretacion de la doctrina evangélica. ¡Qué absurdos y fábulas increíbles no han deducido los judíos de las Escrituras y tradiciones! ¡Qué despropósitos, errores y excesos no derivaron de ellas y de la doctrina apostólica los Gnósticos, Nicolaitas, Cerintianos, Ebionistas, Maniqueos, y otros herejes antiguos! ¿De dónde, sino de la mala interpretacion del Antiguo Tes-

tamento, ó mala aplicacion de sus máximas al Nuevo, han venido con los diezmos y primicias, las guerras de religion, las matanzas hechas en América, y los quemaderos de la inquisicion? ¿Qué cuadro de abusos no se podria presentar tan horroroso como el de los mejicanos! ¿El mahometismo no es una rama extraviada del cristianismo? ¿Y el pueblo menudo católico no es un idólatra material generalmente por su ignorancia, pues lo es tener mas devocion con unas imágenes que con otras, poniendo en aquellas su confianza, como si residiese en alguna de ellas virtud alguna, ó Dios pudiese prendarse mas de las oraciones que se le dirigen ante una pintura que ante otra?

¿Cuánto mas debía de suceder entre los indios, que carecian de letras alfabéticas, que desde el nacimiento de la religion sufrieron una persecucion tan cruel para exterminarla, que gimieron muchos años fugitivos y encerrados entre las juncias y espadañas de la laguna de Méjico, ya tributarios de los tepanecas de Atzacatzalco, ya de los teochichimecas de Tezcucó, que por fin los dominaron, y habian de introducir su religion dominante? ¿No vimos en la Francia, católica diez y ocho siglos, hacerse con la revolucion un tránsito á la idolatría y hasta el ateísmo? Me era muy fácil hacer ver cómo por todos aquellos medios fué alterándose la religion entre los mejicanos: algo dije ya del origen de los sacrificios humanos de una mala interpretacion de la máxima cristiana, de que Dios no queria sino corazones ardientes. Acaso se agregó (cuando por la persecucion del cristianismo creyeron haberlos castigado Dios con peste y sequedad) el empeño de aplacarle, imitando á los mártires, que se ofrecian gustosos á la muerte, como aceptísima á los ojos de Dios; pues procuraban que las víctimas fuesen voluntarias, alzando los ojos al cielo, y otras alusiones semejantes á martirio, y martirio de mellizos. Tal vez mucho de ello nació de la opinion de que *Quetzalcóhuatl* bebía sangre y se comía un niño; opinion que nació de la creencia de los católicos sobre la Eucaristía; imputacion contra los cristianos primitivos tan creida en el antiguo mundo, que por ella resonó mil veces el anfiteatro romano con el grito: *Cristiani ad bestias*; y que quedó tan esparcida entre los gentiles del Nuevo Mundo, que una de las razones que mas hacían valer muchos cuando la llegada de los españoles, para dudar que fuesen *Quetzalcóhuatl* ó sus discípulos, era que no bebían sangre, ni comían niños.

Todos los ritos é historia de los mejicanos están aludiendo tan claramente á ritos y pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, que los autores españoles lo han notado á cada paso: y el viaje de los mejicanos al Anáhuac, es tan idéntico al de Israel por el Desierto, que en la primera edicion de Torquemada se suprimió, y para restituirlo en la segunda, véanse las salvas que tuvo que hacer el editor en su Prólogo. Por eso Montezuma habiendo oido toda la doctrina que produjo Cortés sobre la creacion del mundo y religion cristiana, le respondió, que estaban acordes en todo con la doctrina de sus mayores: y el mismo Cortés escribe en su primera carta al emperador Carlos V, que cuando emprendió derribar los ídolos, le dijo el de Méjico: *Nosotros con el transcurso del tiempo habemos olvidado ó trastornado la doctrina de nuestro señor Quetzalcóhuatl, tú que vienes ahora de su corte y la tendrás mas presente, ve diciendo lo que debemos tener y creer, y nosotros lo haremos todo.* Por lo cual y otras muchas cosas, no cesa Acosta de decir, que estaba abierta la puerta para haber introducido el evangelio en América sin ninguna efusion de sangre.

Pero vuelvo á decir, que los españoles y misioneros empeñados en no ver sino al diablo aun en las cruces, todo lo endiablaron sin escrúpulo; y recogiendo los ritos y creencias de las diferentes provincias, y por haber quemado las bibliotecas, informán-

dose del vulgo necio, que entre los católicos daría también de nuestra creencia una relación endiablada, hicieron una pepitoria insoportable. Desde que los españoles llegaron á Nueva-España, y se vieron incensar, y llamar *teotli* ó *teutli*, dieron en que los tenían por dioses, y oyendo esta palabra los misioneros, aplicada hasta á los montes, todo se les volvió dioses y diosas. Podían reflexionar que ellos incensaban la imagen de su rey, á sus sacerdotes, y á todos los que asisten á sus misas y oficios solemnes. Entre los mejicanos se incensaba á los embajadores como personas sagradas é inviolables, y por tales se dieron ellos. Llamáronles *teotli*, porque así llamaban á sus magistrados y á los caballeros de sus cuatro órdenes militares, como puede verse en Torquemada, aunque este escribe *tecuctli*, como *Moteczuma*, á causa que la *u* es letra de saltillo, como se explican los filólogos mejicanos, esto es, aspirada de tal suerte, que parece sonar *cu*, y por eso para levantarla añaden una *h*: *teuhthli*: *Moteuh-soma* (†). Pero *teotli* ó *teutli* no significa Dios sino por antonomasia, como señor entre nosotros, y su significado es el de señor. Aun es frasismo suyo para expresar lo excelente en cada género: así al pimientó, que ellos llaman *chili*, si es muy rico llaman *teo-chili*; y los mestizos, fraseando á su ejemplo en castellano, para expresar, por ejemplo, un mulato que se levanta sobre su esfera, dicen, que es un señor mulato; un aguardiente muy fuerte, señor aguardiente &c., como en la Europa noble y gentil. Los indios siempre que mentaban á Dios, era añadiendo al *teotli-iplnemohuani*, el que da vida, *Iplnemohualóni*, esto es, el Señor por quien vivimos; que es la frase de San Pablo: *in quo vivimus, movemur, et sumus*.

El que entrase en las iglesias católicas sin entender su religión y lengua, pensaría que teníamos tantos dioses como imágenes; y según las diferencias de nombres, figuras y advocaciones que damos á Cristo y su Madre, los multiplicaría á millares: y no dudaría atribuir divinidad á los santos, viéndolos sobre los altares, dedicados templos á su nombre, dados á ellos patronazgos de ciudades y villas, protección á cada uno contra ciertas enfermedades, para ciertas cosas, y á favor de ciertos gremios; con la circunstancia de que en tal parte su imagen es más milagrosa que en otra. Con todo lo cual nos daría por idólatras extravagantes y desatinados, y así lo hacen los protestantes. Pues ni más ni menos hicieron los españoles con los indios; aunque al fin los misioneros se fueron aperciendo del error, y ya convenían, según Torquemada, en que, á lo menos las diosas que ellos llaman de las aguas, no eran sino una, que es la misma *virgen melliza* de que hemos hablado.

Pero no la adoraban por diosa, ni hubo tales diosas entre ellos; y así Torquemada á la misma, ya llama Dios, ya diosa, sin saber lo que se decía: pues los indios distinguían muy bien á Dios de los santos en los nombres, en las oraciones y en el culto. El mismo dice, que solo se arrodillaban y postraban ante la representación de Tezcatlipuca, que era su mayor dios, puro espíritu; y que á solo este, y á ningún otro, ni á Huitzlopóchtli, le llamaban *Titlacáhua*; y que le dirigían esta oración: *O dios todopoderoso, que daís vida á los hombres, que os llamaís Titlacáhua* (esto es, cuyos esclavos

[†] Los misioneros escribían con *z* este nombre y todas las palabras mejicanas, excluyendo la *s* de su alfabeto. Pase el *tz* por ser á veces la pronunciación del *tzade* hebreo, pero es injusta, dice Borunda, la exclusión de la *s*. No es la *z* española la que pronuncian los indios, sino una *s* silbada, que heredada de ellos es la que pronuncian los criollos mejicanos; á los cuales por eso en Castilla juzgan andaluces, y en Andalucía castellanos ó portugueses.

somos), *hacedme esta tan señalada merced de darme todo lo necesario, y gozar de vuestra clemencia, suavidad y delectación: habed misericordia de mí, abrid las manos de vuestra piedad, y usadla conmigo*. Y dice en otra parte, que todas sus oraciones terminaban con *mayiuh*, hágase así, como nosotros con amén. „Dicen de él, prosigue, que lo sabe y ve todo, y que da las enfermedades contagiosas en castigo de los pecados. Llamábanle *Moyocayázin*, el que hace cuanto quiere, porque á su voluntad no podía resistirse, y decían ser poderoso para destruir cielo y tierra. Llamábanle *Tetzcatlipuca*, que quiere decir jóven, porque es eterno. Otros nombres tenía este *Tetzcatlipuca*,” y se ve que todos significaban diversos atributos de la divinidad: este mismo nombre significa *espejo resplandeciente*, ó donde todo se ve, *speculum sine macula*, como llama á Dios la Escritura.

Teo-Huitzlopóchtli, y no Huitzilopóchtli, según interpreta Borunda, es decir: el señor de la espina ó herida en el costado izquierdo de quien le mira: y este, dice Torquemada (tom. II, lib. 6, cap. 21), es el mismo *Mecsi* que trajo á los aztecas, dándoles el nombre de mecsicanos, cuando les mandó unguirse las caras con cierto unguento; y así celebraban su fiesta todos embijados y ungidos: prueba todo de que *Mecsi* significa ungido ó Cristo: por otro nombre *Teo-tláloc*, ó Señor del paraíso, y por otro, *Señor de la corona de espinas*, como está dicho. Los tlascaltecas le llamaban *Calmaxtle*, ó Señor desnudo, como está en la cruz. Tenía una en la mano, formada con cinco globos de pluma: así como se encuentra otra cruz, pintada de finísimo azul con los cinco globos blancos, en la sierra casi inaccesible de *Meztitlan*, desde tiempo tan inmemorial, que por tener al lado pintada la luna, en mejicano *meztli*, dió nombre al lugar de *Meztitlan*, esto es, junto á la luna. Ya está dicho cómo aseguraban que tenía naturaleza humana y divina, y había nacido de una virgen santa y devota, sin lesión de su virginidad, llamada *Coatlícue*, que lo parió en el monte *Coatépéc* de Tula: alusión todo á que fué dado á conocer en el tiempo de los tultecas por *Quetzalcóhuatl*. Torquemada dice: “Tuvieron noticia de la Encarnación, y lo explicaban por una metáfora, diciendo, que uno como ovillo de plumas bajó del cielo, y poniéndolo ella bajo su cintura parió á *Huitzlopóchtli* ya hecho varón perfecto &c.” Su imagen indicaba los mismos atributos que nosotros damos á Jesucristo, y aun explicada según Torquemada (tom. II, lib. 6, cap. 21), nada presenta que no sea digno de un Dios.

Dios, puro espíritu y omnipotente, Dios hombre, y su Madre virgen, son los *Tlaloques* ó dioses del tiempo de los tultecas, dados á conocer por *Quetzalcóhuatl*, y añadiendo á este como santo y sus discípulos mártires, á esto viene á reducirse, si bien se explica todo, toda la mitología mejicana, según hizo ver el Dr. Mier en su disertación para la Academia de la historia: aunque los españoles se han empeñado en hacer diablos, y aun en hallar los dioses de los romanos. Esta comparación no me parece razonable: porque por ejemplo dice Torquemada: „que la diosa *Tlazoltéotl* corresponde á *Vénus*, porque quiere decir diosa de la basura, y que de ella eran muy devotas las personas deshonestas; pero no era, dice (lib. 6, cap. 23), porque patrocinase como la *Vénus* antigua sus impurezas, sino para tenerla propicia á fin de obtener perdón de este pecado.” ¿Y qué tiene que ver esto con *Vénus*? La idolatría de los mejicanos era más limpia: jamás adoraron los vicios ni á ninguno que los hubiese tenido, dice *Dávila Padilla*, y dice bien.

En fin, ¿por qué hemos de llamar idólatras, y no cristianos, á los indios de Yucatan que todos estaban bautizados en nombre de la Trinidad, y veneraban las cruces? ¿Por

qué hemos de llamar idólatra al emperador *Netzahualcóyotl*, que prohibió los sacrificios humanos, y levantó templos al Dios Creador? ¿Por qué hemos de llamar idólatras á los totonacas y mixtecas, que sobre estar bautizados (como todos los nahuatlacas y mejicanos, ofrecidos por eso á *Quetzalcóhuatl* desde esta ceremonia á los ocho días de nacidos) no ofrecían sacrificio ninguno humano, y adoraban á *Tzentéotl*, que Torquemada ya llama Dios, ya diosa, ya dioses, y no quiere decir, sino el verdadero Dios.

El mismo dice, que este dios, que confunde con la *Tonacayohua*, prohibía y detestaba los sacrificios; y sus monges eran, según él, los mas ejemplares, castos y penitentes, ocupados en escribir la historia (tom. II, lib. 9, cap. 8.). „A esta diosa miraban con suma reverencia, y sus respuestas tenían por oráculo divino, y mas que otros eran señalados los sacerdotes de su culto y servicio; y que esta diosa no quisiese sacrificios de hombres no sé qué sea, ni tampoco lo entiendo, porque esto de querer unos uno, y otros otro, son para mí adivinanzas.”

¿Qué ha de ser, sino que había diferentes cultos y religiones, así como él mismo pone los religiosos observantes del orden de *Quetzalcóhuatl*, y estos monjes del verdadero Dios, que llama en otra parte *Coatlan* ó mellizos, los cuales no se juntaban con los demas ni para lavarse? Había tambien fuera de los monges congregaciones seculares de *Tetzcatlipuca*, Dios Omnipotente, puro espíritu, todo ejemplar y virtuoso; y cierto no se exhortaria mejor en nuestro cristianismo á las vírgenes destinadas á los monasterios, que se exhortaba á las suyas en su ingreso al orden de *Quetzalcóhuatl*. (Ved á Torq., tom. II, lib. 9, cap. 32). (‡)

En Méjico, el verdadero Dios tenía templo aparte, y adonde ahora está Nuestra Señora de Guadalupe, que es en *Tepeyácac* (esto es, lugar junto al cerro, el cual se llamaba *Tónan*, ó de nuestra madre), había templo sobre el cerrillo, dedicado á la *tzenteotenántzin*, que se traduce así: la apreciable madre *Nantzín* que está en el cerro *Tepepetl*, es la madre del verdadero dios *Tzentéotl*. Su fiesta principal se celebra en el solsticio hiberno, día de Santo Tomás, y era tal la devoción con ella, que nadie pasaba junto al cerrillo, según Torquemada, sin subir á ofrecer en su ara las flores que por allí podía hallar.

Otro templo tenía la misma como patrona de las aguas (pues lo eran todos los Tlaloques venerados en los montes), en Otancapulco; y habiéndose en aquel templo salvado los españoles de Cortés en la triste noche que salieron huyendo de Méjico, atribuyéndolo á milagro de la Virgen, pusieron allí despues (según Torq., tom. I, lib. 4, cap. 72) una imágen que llamaron Nuestra Señora de las Victorias (Acosta dice, que del Socorro, por el que recibieron), y despues llamaron de los Remedios. Como el ayuntamiento de Méjico fué el que edificó la capilla, puso allí despues capellan, á pesar de los franciscanos que antes la custodiaban.”

[‡] *Habiéndose pasado en la edicion inglesa tres pequeñas notas en sus lugares respectivos, las reunió aquí el autor, diciendo: que Quetzalcóhuatl estuvo en América 20 años cumplidos: que Huehuetlapallan adonde se fué, quiere decir, muy grande tierra de color; y que el P. Calancha copió en su lib. 2 uno de los letreros grabados en piedras que había antes de la conquista en el Perú, y yo presentaré á la Sociedad Real de Londres por si lo puede interpretar.*

En los nombres mejicanos se ha seguido en este Apéndice la ortografía que usa el P. Mier, excepto en el de Montezuma, en que se ha conservado el modo de escribirlo, adoptado en el texto de la obra.—E.

LIBRO TERCERO.

MARCHA Á MÉJICO.